

tranjeros, en peligro, cuando menos, de estancación; el otro esperaba letras de la Argentina, que no vienen; aquél tuvo que cerrar su establecimiento; éste, su fábrica... Las tiendas están vacías, y los dependientes, en voz triste y baja, confiesan que no se vende, que no se logra dar salida a artículo alguno... Las tentadoras tiendas de ultramarinos, aun en Navidad, apenas despachan ciertos comestibles y bestibles de lujo y de importación, que se han visto obligados a subir, como el Champagne. Hasta en el comercio modesto de juguetes baratos, de belenes y otras fruslerías de cartón, se nota esta baja.

Los coches y automóviles no son ajenos a la crisis. Se oye decir que cada día se dan muchos de baja en la contribución. Al querer venderlos, nadie ofrece una peseta. Por anomalía no infrecuente, al alquilarlos para servicio, están más caros que nunca. Sería difícil explicar la razón.

Sucede con esto de los coches algo de lo que pasa con el papel de cartas elegante. Si las cuentas no fallasen, los que expenden y fabrican esta clase de papel tenían que hacerse millonarios.

En efecto: escribís un libro de trescientas páginas, lo imprimís, lo encuadernáis, lo enviáis a la librería, descontáis el crecido tanto por ciento de los librereros, y la utilidad que queréis obtener; el libro se tasa a tres cincuenta, verbigracia, y de esas tres cincuenta salen: el valor del papel, el de la impresión y tirada, el de la encuadernación, el del transporte, la ganancia del librero o libreros, la del editor si lo hay, y la del autor. Y, si el libro corre algo, no dejan todos de sacar buen partido. La caja de papel de lujo suele tener cincuenta y hasta veinticinco pliegos; no hay que contar con autor, ni con editor, ni con librero, ni intermediario alguno; alcanza precios que oscilan entre cinco y diez pesetas... La ganancia tendría que ser del tres mil por cien, y lo es de seguro.

Un cálculo semejante me sugirió el coste de una berlina de alquiler. Nótese: una berlina a secas, sin caballos, cocher no cosa que le valga. Oí pedir en un taller diez pesetas diarias por una berlina, que suele costar, comprada, mil pesetas más o menos, y que, a este tipo, reeditaría al año tres mil seiscientos cincuenta. Ningún comentario añadiré.

Hay artículos sometidos a cotizaciones fantásticas. Lógicamente debían ser muy baratas cosas que son carísimas. La guerra, que tenemos distante, introduce aquí su desorden y arbitrariedad. Es imposible calcular lo que se prepara.

Cosa buena, no. Miserias y desventuras por todos lados, es lo que asoma. No pasa día sin que el angustioso grito de las naciones devastadas y encharcadas en sangre llegue a nosotros clamando auxilio. ¡Auxilio! ¿Cómo se auxilia a una nación? Ante la magnitud de tales desdichas, parece hasta ridículo pensar en una suscripción, en una colecta, en una función benéfica, en los habituales arbitrios que suelen ponerse en juego para remediar necesidades y desventuras. ¡Una gota de agua en el Océano!

Además, España no puede adoptar medidas que parezcan inclinarla más bien a una nación que a otra. España es neutral. Si algo hiciese ahora España, debería ser con el carácter de simpatía general hacia las desdichas, sin preferencia. Yo creo que, fuese poco o mucho el socorro de España, este socorro no debía faltar en ocasión como la presente; que sería hacedero, hasta fácil, como pudiésemos, y todo el mundo puede algo y aun bastante. Y antes que forma de envío de dinero, el socorro de España pudiera tomar la de adopción y protección a huérfanos, asistencia a heridos, etc.; pero, entiéndase bien, con la más estricta neutralidad, repartiendo la ayuda y beneficio entre cuantas naciones combaten, sin excepción ninguna. Así nuestra actitud sería noble, humanitaria y perfectamente intachable de parcialidad.

¿Se hará algo en tal sentido? No lo sé, porque encogidos los ánimos, en flor se hielan las iniciativas, y cada cual, trémulo de aprensión ante el oscuro porvenir, piensa en sí, con ese involuntario egoísmo que se desarrolla en las horas críticas, en los salvamentos de tripulación y pasajeros cuando un barco se hunde...

Bajo esta deprimente impresión nace el año 1915. Más que ningún otro, trae las manos llenas de problemas, de amenazas, de misterio. Su curso va a decidir de la suerte de Europa y a cambiar su constitución, más profundamente que ninguno de los grandes sucesos de la historia, sin exceptuar los del período napoleónico.

Después de los esfuerzos sobrehumanos del ataque y de la defensa; después de las tragedias de las invasiones, de las carnicerías diarias, de la anomalía epiléptica de la vida, bajo el peso de eventos

nunca vistos, vendrá el nuevo y colosal empuje para restablecer la normalidad, el tejido de la existencia; para rehacer la industria, para reanudar las relaciones comerciales, reconstruir los edificios hechos escombros, restaurar los monumentos en que quepa restauración, hacer renacer de sus cenizas los incendiados hogares... Y dentro del santuario de las familias, ¡qué labor de reconstitución, qué penoso y lento revivir! Pérdida la fortuna, muertos los varones, ¡cuántas mujeres quedarán sin otro recurso que mendigar o aceptar los trabajos más ínfimos!

¿Y las cosechas? ¿Y los campos? La guerra, a la larga, fecundiza; pero mientras se desarrolla, trae de la mano la esterilidad. En vez del surco del arado, rasga la tierra para cavar la trinchera, desde la cual el plomo enviará la muerte. Yo, en todo este desastre, en el estrago que, si no estamos viendo, nos figuramos con bastante viveza, lo que más siento, (aunque no sea, claro, lo más importante), es el destrozo de la jardinería belga. ¡Las rosas! ¿Habrá quedado rosas en los jardines del lindo país? ¿Piensa en rosas alguien?

El año 1915, ¿verá florecer en paz las rosas de otoño?

¡La paz! Hay quien duda de que el año 1915 la traiga. Hay quien supone, después de este invierno glacial, otro en que también los hombres barbotarán entre la nieve y el fango de las trincheras. Hay quien fija sólo allá para 1916 la terminación de la lucha. ¡Estamos lucidos! ¡No lo permita Dios!

Por donde se mire, el año de 1915 es de los infaustos. Nos encontramos como San Agustín moribundo, cuando la irrupción de los bárbaros del Norte le hacía creer que el mundo se acababa... Veía San Agustín hundirse una inmensa civilización, la romana, y creía que las tinieblas de la barbarie eran el único porvenir. No es la actual irrupción de bárbaros, sino de ultracivilizados; pero cabe dudar cuál sería más malo y destructor, si aquellas luchas o éstas de hoy, tan científicas.

Todo es sombra, niebla, duda, ansiedad. Cuanto se afirmaba, se niega; cuanto se esperaba, se ha difumado ante la realidad horrible. Y no es el terror lo que más nos agobia. Es la zozobra, la incertidumbre. Si supiésemos de cierto lo que va a suceder, tal vez no nos preocupase tanto la entrada de un año fatídico y climatérico...

Con todo eso, España puede decir que, por una vez, ha sido agraciada con el premio mayor de la lotería mundial. Posee la paz y puede resistir, con algo de previsión, a las circunstancias. Así como en Alemania las autoridades han recomendado a los súbditos del káiser la economía más estricta, hasta el extremo de encargarles que no pelen las patatas sino después de cocidas, a fin de evitar la pérdida de lo que se lleva la monda en crudo, aquí debiera predicarse evitar cuidadosamente lo que se gasta y desperdicia, para que cada familia allegue un fondo con que afrontar las contingencias que pueden presentarse — que se han presentado ya, con el encarecimiento de artículos tan indispensables como los huevos y las mismas susodichas y humildes patatas. Pero no es la economía cualidad distintiva de nuestra raza.

Los pequeños ahorros que Francia sabe realizar con tanta paciencia, privándose de mil caprichos, España los desdeña gallardamente. Es curioso, en uno de los mejores colmados madrileños, observar quiénes son los habituales parroquianos. Hombres de humilde blusa, de manos callosas, descuartizan gentilmente un cámbaro, que les cuesta cincuenta céntimos, o hincan el diente en un bocadillo de jamón, que tiene el mismo precio. Manjares de capricho, que no sacian, y que el marido o padre saborea ocultamente, no dándose cuenta acaso de que con dos reales se pone un cocido para la familia. ¡Y los toros! En los toros se gasta la gente pobre lo que no tiene. Es una de las cosas que ha puesto de realce, en su preciosa tragicomedia *Los semidioses*, Federico Oliver. Nadie sabe la fuerza que presta a una nación la falange de ahorradoras hormiguitas. Pero, en la apreciación general, el ahorrar es un estigma, el gastar sin duelo una bazarra caballerisca. ¿Cambiarán un poco este criterio las duras lecciones que prepara el año 1915?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Va a empezar un nuevo año, y, en opinión general será más perro que el de 1914. No sé cómo hará para conseguirlo, pero parece casi seguro que, en efecto, lo conseguirá. Porque las cosas van de mal en peor, y en todo se refleja el malestar que, hasta a las naciones neutrales y pacíficas, acarrea esta guerra que no se interrumpe, ni aun por veinticuatro horas en la noche de Navidad.

Algunas mujeres españolas hemos escrito un mensaje a Carmen Sylva, reina de Rumanía, para que interponga su valiosa influencia con las demás Soberanas de Europa, y obtenga que se pacte un armisticio de Navidad, por breve que sea. Debo añadir que ninguna esperanza hemos fundado en el Mensaje. Pudimos decir de él, como Espronceda del *Canto a Teresa*: «Este canto es un desahogo de mi corazón: sáltele el que quiera.»

Entre otras cosas que la guerra ha demostrado, una es que los aspectos humanos y sentimentales de las cosas carecen en absoluto de eficacia y valor para influir en la marcha de los sucesos. La dura ley de la fuerza está hoy doblemente en vigor que en las edades primitivas, tenidas por bárbaras. Cristo vino al mundo..., sí, sólo que nadie se acuerda de ello.

Sería para mí enorme sorpresa que nuestro mensaje a la Reina poetisa surtiese el efecto menor. Probable es que arranque miradas desdeñosas a ceñudos varones. ¡Ilusiones no hay que forjárselas!

De todos modos, y por no desperdiciar un elemento más de publicidad para nuestro desahogo, aquí reproduzco el mensaje:

«A Carmen Sylva, entre los poetas.

A S. M. la Reina de Rumanía, entre las Soberanas de Europa.

Musa y señora veneradísima: En hora trágica, y ante el sufrimiento de tantas otras mujeres, acudimos a ti las españolas, y te rogamos que, poniéndote a nuestro lado, juntando a los nuestros tu corazón estremecido, implores de los Jefes de pueblos que dirigen los combates una tregua bien corta: el día y la noche en que nació en carne mortal Jesús, que amó a los hombres hasta morir.

Tal vez, señora, sea esta tregua como fulgor misterioso que anuncia el alba de la ansiada paz. De seguro es nuestro cristianismo, nuestra solidaridad humana flotando sobre el vaho de la sangre vertida.

Acaso, señora, en noche tal, si Jesús desciende a la tierra, bendecirá la tregua que por un instante hace hermanos a los enemigos, aun cuando, transcurridas las veinticuatro horas, se alce otra vez la necesidad vestida de hierro.

Tu bella alma de poeta, llena de claridad, susurro de abejas y miel de flores, está preparada a la santa obra de piedad y amor.

Depositamos a tus Reales pies nuestra súplica, y con ella el rendido homenaje de esta tierra, donde buscaste tu dulce seudónimo literario. Ave, Reina. — La condesa de Pardo Bazán. (Siguen las firmas.)

Los temores que inspira el año 1915, son, en primer término, del orden económico. La penuria empieza a dejarse sentir. Aparte del encarecimiento de las subsistencias, todos se quejan de que les arrancaron alguna pluma del ala. El uno tiene fondos ex-